

La credibilidad de los medios

Perder credibilidad es lo peor que puede ocurrir. *La credibilidad de los medios*^{*} es el mayor desafío para los periodistas, es el oxígeno necesario para vivir. Un activo que se construye poco a poco y se destruye con velocidad. A los periodistas conviene que les dejen trabajar con libertad y con responsabilidad y para eso necesitan editores serios, que crean en su trabajo y que encuentren recompensa a su inversión y gestión. Sin editores, los periodistas no llegarán lejos. Tampoco ellos sin los periodistas.

FERNANDO GONZÁLEZ URBANEJA

1 Algunos dicen que el periodismo ha muerto o que la prensa escrita clásica va a desaparecer en unas pocas décadas.

No creo que acierten, es otro ejemplo de malthusianismo y de miedo al futuro y al cambio. Lo que ocurre es que se modifica el perímetro de la profesión, Cambia la forma de ejercer el periodismo, el acceso, los soportes, la relación con las fuentes y las exigencias de los ciudadanos-lectores-clientes.

Vamos a un mundo más mestizo, interactivo, más individualizado, más

segmentado, más ciudadano y más comunitario, eso que llaman un mundo líquido. Los efectos de las tecnologías son evidentes y no son ni discutibles ni elegibles, aunque se puede vivir al margen de las tecnologías. A ese factor se une ahora una crisis económica que afecta de lleno al negocio y que pone en cuestión muchas formas de hacer periodismo. Dos crisis acumuladas: la tecnológica, permanente, y la económica, cíclica. Pero hay valores de siempre, que no cambian, a los que luego me referiré.

Pero ni el periodismo ha muerto,

Fernando González Urbaneja es presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid.

●●● La credibilidad de los medios

ni los periodismos van a morir, van a evolucionar y se van a transformar.

2 Somos la generación que ha vivido más tiempo bajo el imperio de una libertad de expresión efectiva, la que reconoce nuestra Constitución de 1978, aunque antes el periodismo ya coqueteó con márgenes de libertad que tenían precio (cierre del diario *Madrid*: 25 de noviembre de 1971). Así que contamos con la experiencia del periodismo en libertad, el de la Primera Enmienda de la Constitución de los EEUU (15 de diciembre de 1791) y el del decreto de libertad de imprenta en la isla de León (10 de noviembre de 1810).

Pero padecemos amenazas severas a la libertad de expresión, que es el campo de juego imprescindible del trabajo de los periodistas. Sin marco democrático, sin Estado de Derecho, no hay espacio ni aire para el periodista; sin ese marco el periodismo es otra cosa. Y en ese marco de libertad, que nunca es completo ni perfecto, las amenazas son inevitables, como las arenas en el curso del río.

La primera amenaza es el conformismo, ese fatalismo de que no es posible trabajar en libertad, que el mundo es así, que no tiene arreglo, que el buen periodismo anda entre moribundo y muerto. Pero morirá si lo matamos, si no hacemos lo que podemos y debemos.

La segunda es externa: la presión de las fuentes; la arrogancia de los po-

Hay que propiciar
y dar mucho espacio
y oportunidad al debate
interno en las redacciones.
¡Ay de aquellas redacciones
donde se ha agotado ese
debate, donde la autoridad
funciona como la ley de la
gravedad, de arriba abajo!

deres, de los gobiernos y de los líderes culturales, sociales, deportivos... y de los terroristas, que quieren imponer el miedo; y también de los dueños del espectáculo que imponen la ficción.

Y es amenaza la pérdida del carácter de la profesión, en nuestro lado y también en el de los editores, a los que necesitamos como los peces el agua. Son una amenaza los malos jefes de redacción, los que provocan esa pérdida de carácter.

Ante esas amenazas debemos apelar a la autoestima, a la dignidad y a la relevancia del trabajo individual, de autor, al carácter artesano y artista del periodismo. Más que nunca artesano. Y la tecnología viene en nuestra ayuda.

Y apelar al respeto a los demás, a los otros, a esos terceros imprescindibles en el relato periodístico; ciudadanos-lectores oyentes; y también los protagonistas de la información.

La falta de respeto, la mofa, el mote, la descalificación personal suponen ‘mala práctica’, conducen a la pérdida de reputación y de la credibilidad, aunque disfruten del aplauso fácil de unos cuantos fanáticos. Por eso es urgente apelar a una práctica conforme al propio criterio, a someterse a principios ético-morales básicos. (Los ministros y los delanteros centro, pasan, los periodistas menos, nuestro trabajo queda como los goles de Hugo Sánchez, se enseñan sin que nadie recuerde al entrenador o al presidente de turno.)

(He visto pasar en mi vida profesional 11 ministros de Economía y 20 de Industria, sobre los que he escrito a favor y en contra, y los que viven aún me saludan con razonable respeto. Ése es mi activo profesional, que me lleva dormir con la conciencia tranquila.)

3 Los periodistas gestionamos la reputación de los demás. Materia muy delicada. Por eso hay que propiciar y dar mucho espacio y oportunidad al debate interno en las redacciones. ¡Ay de aquellas redacciones donde se ha agotado ese debate, donde la autoridad funciona como la ley de la gravedad, de arriba abajo!

Y junto al debate interno, hay que

Barak Obama

La audacia de la esperanza



“...dependo casi exclusivamente de los medios para llegar a mis electores. Es el filtro a través del cual se interpretan mis votos, se analizan mis declaraciones y se examinan mis creencias. Al menos para el gran público, yo soy quien los medios dicen que soy, digo lo que dicen que digo, me convierto en quien dicen que me he convertido.

... los periodistas se mueven en manadas, se alimentan de los mismos comunicados de prensa, de las mismas situaciones y actos prefabricados, de las mismas cifras de siempre. El caso es que para los lectores y espectadores que andan muy ocupados y consumen esporádicamente noticias, las historias más trilladas son bienvenidas. Les exigen poco tiempo y esfuerzo, son rápidas y fáciles de digerir. A todo el mundo le resulta más sencillo aceptar la manipulación.”

●●● La credibilidad de los medios

dedicar tiempo y espacio a dar explicaciones a la sociedad. No regatear nada a la hora de reparar los errores, de rectificar y de corregir los excesos, tan frecuentes en nuestro trabajo.

No se trata de problemas locales, que sólo afectan al periodismo español. Quizá aquí hay menos debate y más pesimismo. A la profesión le preocupa más la precariedad y el paro y los bajos salarios, tal y como reflejan las encuestas, que la buena práctica, que la reputación social y la credibilidad. Y es un error grave de apreciación, de prioridades mal colocadas. La precariedad se combate desde la autoestima y el respeto y desde la buena práctica, que tiene que ver con la credibilidad y con la esencia de la profesión, con volver a las bases del oficio.

¿Qué piensan los ciudadanos de los periodistas y del periodismo que hacemos. Pues cada día piensan peor. Y no damos explicaciones suficientes, no avanzamos en la autorregulación. Por eso hay que volver a las raíces del trabajo de informar sin caer en el pesimismo.

(Dice la Constitución en su artículo 20.1. “Se reconocen y protegen los derechos: a) A expresar y difundir libremente los pensamientos, ideas y opiniones mediante la palabra, el escrito o cualquier otro medio de reproducción... d) A comunicar o recibir libremente información veraz por cualquier medio de difusión. La ley regulará el derecho a la cláusula de

A la profesión le preocupa más la precariedad y el paro y los bajos salarios, tal y como reflejan las encuestas, que la buena práctica, que la reputación social y la credibilidad. Y es un error grave de apreciación, de prioridades mal colocadas.

conciencia y al secreto profesional en el ejercicio de estas libertades.

Y el 20.4. “Estas libertades tienen su límite en el respeto a los derechos reconocidos en este Título, a los preceptos de las leyes que los desarrollen y, especialmente, en el derecho al honor, a la intimidad, a la propia imagen y a la protección de la juventud y de la infancia. (art. 18)

El campo de juego está bien definido y el desarrollo legal complementario es amplio, sobre todo en la doctrina del Constitucional, que es dinámica, reiterativa, sin descartar (más aún con la que está cayendo) que es también evolutiva y cambiante. Si cambia la realidad y la sociedad... otro tanto la interpretación constitucional.

El buen periodismo tiene que sumar: veracidad, verificación, lealtad al ciudadano, independencia de las fuentes, relevancia e interés, oportunidad para la crítica y el comentario, ser exhaustivo y proporcionado, ejercerlo con respeto a la conciencia de los profesionales, y que sirva como control del poder.

Estos son los factores clave que desarrollan Kovach y Rosenstiel en *Los elementos del periodismo*, que significa una llamada de atención sobre las nuevas fronteras y exigencias del periodismo actual.

No hay que darle muchas más vueltas al bicho, la cuestión es evidente, el buen periodismo, su credibilidad y su futuro está contenido en estos elementos que son conocidos, que son claros, y que no admiten excusas.

4 Me refiero ahora a algunos de los riesgos. El primero: la tentación por el espectáculo, la confusión de géneros y el mestizaje del periodismo en territorios que le son ajenos. Antes nos preocupaba separar la publicidad de la información y la información de la opinión. Ahora lo urgente es saber seleccionar, distinguir, preservar la información y evitar que se deslice hacia la ficción y la emoción sin límite, hasta dejar de ser periodismo.

Segundo: la debilidad del relato, el sometimiento a las fuentes. Cada día es más difícil construir buena información, seleccionarla y ordenarla por relevancia e interés. Los interme-

diarios menudean y despistan a los informadores hasta confundirlos. El ejemplo más reciente lo tenemos con la historia de ‘las armas de destrucción masiva’ ¡Cuántas mentiras!, ¡cuántas fuentes que eran charcos!

Y tercero: la desmovilización de los propios periodistas. Hay poco debate y cuando se produce es ideológico, empresarial o personal. Las más de las veces es tan previsible como ininteresante. Los periodistas tenemos que recuperar poder en las redacciones, dejar oír nuestra opinión, lo cual no debilita la autoridad de editores o directores, todo lo contrario.

5 El periodismo necesita revisión a fondo, desde dentro, cerrar filas para defender la buena práctica (por encima de intereses e ideologías), abrir espacios a la crítica interna y a la crítica social. Más compromiso. Una mezcla del “talento y decencia” a los que alude José Antonio Marina en una entrevista que publicaremos en *Periodistas-FAPE*. Y a la sociedad le interesa que eso ocurra.

Es urgente que los gobiernos se retiren del protagonismo en los medios: de mandar, dirigir, nombrar... fijar la agenda informativa, legislar los contenidos. Y también de la influencia indirecta a través del reparto de licencias y otras mercedes.

Algunos colegas dicen que frente al mal ejercicio del periodismo vale con el Código Civil, el penal, el mercantil y el laboral; que cualquier otra

●●● La credibilidad de los medios

regulación, co-regulación o auto-regulación es restrictiva y dañina. Considero que ésta es una aproximación simple, que no tiene en cuenta el entramado de la sociedad civil, ni los modelos participativos de las democracias modernas, las democracias 2.0 o 3.0, que tienen que construir y desarrollar mediaciones antes de llegar a los poderes clásicos del Estado, aliviar al Estado, evitar que allí concluyan las diferencias y los conflictos. Por eso merece la pena ensayar fórmulas de autorregulación.

Lo cual me lleva directamente a la oportunidad de códigos deontológicos o criterios de buena práctica. Ninguna profesión estructurada puede prescindir de ese requisito, que es una exigencia, una condición necesaria. Pero el desarrollo de esos instrumentos necesita la complicidad de periodistas, editores, de la Universidad y de algunas instituciones civiles. Tal y como ha ocurrido en otras democracias más maduras y experimentadas que la nuestra.

6 Hay espacio para el periodismo, más que nunca, lo necesita la sociedad. Existe buen periodismo, no es el más emocionante, ni el más notorio, ni el más respetado. Ese buen periodismo puede incluso llegar a ser muy rentable y, sin duda alguna, es imprescindible en sociedades avanzadas y abiertas, tanto que si no existe es porque no son ni avanzadas ni abiertas. Democracia y buen periodis-

Ya no hay lealtades cerradas; el mando a distancia otorga un poder que desespera a los programadores. Las adhesiones se han debilitado y el crédito se otorga con cuentagotas.

mo, libertad y buen periodismo son sinónimos, cuando falla alguna de las caras fracasa el conjunto.

Y el buen periodismo produce credibilidad, que radica en que los hechos contados sean ciertos, verificados y creíbles. No reside en una cuidada página editorial o en una primera página bien construida, más bien en la preocupación permanente para que todo el contenido de un periódico o de un noticiario de radio o televisión se haga con las exigencias de la noticia más exclusiva. La calidad está en el conjunto, porque el juicio del ciudadano-cliente se hace por una parte del todo, la que le interesa, la que le va a servir para medir.

Y esto del buen periodismo no es

asunto sólo de periodistas o para periodistas, no es gremial, es del conjunto de la sociedad. Del mal periodismo salen perjudicados los ciudadanos. Los periodistas son responsables, pero también los editores, a los que corresponde crear condiciones, ofrecer medios, localizar talento y propiciar su despliegue. La alianza de editores y periodistas, cada uno por su acera y con sus manías, es condición necesaria, aunque no suficiente, para el buen periodismo y sus benéficos efectos.

Y también debe ocupar a los poderes públicos, competentes para preservar el marco del libre y leal juego de la competencia, del imperio del Estado de Derecho, para evitar conflictos de intereses y, finalmente, para evitar la tentación de manipular, de entredar, de sacar ventaja y de enturbiar la compleja convivencia democrática. Los gobiernos deberían ser como los buenos árbitros: discretos, eficaces, respetados, invisibles y con el reglamento en la mano. Ni más ni menos. Y los políticos en combate deberían abstenerse de algunas manipulaciones y abusos.

7 Pero hoy el periodismo, no sólo el español, pasa por duras pruebas para sobrevivir y para defender su credibilidad. Sufre del frío de las concentraciones que homogeneizan y alinean las opiniones y del calor de la fragmentación digital y cibernética, que dispersa y crea nuevas

oportunidades que no están exentas de propiciar excesos, pero que no son más inquietantes que los que se cometen en los medios de los grandes grupos. Y sufre del agotamiento de editores con vocación sustituidos por otro tipo de gentes, a veces coleccionistas de marcas o de vanidades o simples traficantes de intereses o ideologías. Oportunistas. De todo hay.

En ese proceso simultáneo de ensanchamiento de la base pero también de estrechamiento del núcleo del sistema, sufren los llamados medios de referencia, ya nadie se informa por un solo canal, nadie confía en una sola voz o medio; ahora se entrecruzan hechos, opiniones, impresiones... como el escaparate de una de esas tiendas de chinos de todo a cien, abiertas día y noche, donde lo difícil es distinguir.

Algunos periodistas antiguos, directores y redactores jefes envejecidos, desplazados, creen que tienen lectores exclusivos, que ven el mundo por sus titulares. Las audiencias se reparten y comparten, por ejemplo en los noticiarios de las seis cadenas generalistas de televisión en abierto (dos públicas, cada una con otra cadena adosada, y cuatro privadas), que apenas son diferentes unos de otros. Los de la 1, también son de la 3, la 5, la 4, la 6... Ya no hay lealtades cerradas; el mando a distancia otorga un poder que desespera a los programadores. Las adhesiones se han debilita-


●●● La credibilidad de los medios

do y el crédito se otorga con cuentas gotas.

8 Un fenómeno reciente, tan interesante como preocupante, es el debilitamiento de los medios de referencia, el deterioro de una credibilidad que habían construido durante años de buen desempeño. Es un dato nuevo insuficientemente analizado y frente al que no se nota respuesta. Ocurre en *The New York Times* (NYT) y en *Le "Nouvel Observateur"*, y también en los de aquí. Ninguno de ellos es lo que era, y en muchos no están dispuestos a admitirlo ni siquiera como hipótesis. Sin nostalgia, pero los tiempos pasados para este oficio fueron menos tóxicos; más austeros y sencillos.

Es hora para reivindicar el periodismo artesano, esencial, de autor, libre, con controles internos, con libro de estilo y con compromisos claros con la audiencia, a la que hay que dar más explicaciones y a la que hay que escuchar con más atención. Uno de los hechos que más alarman es el ínfimo nivel de debate que existe en las redacciones de los grandes medios.

9 Los periodistas estamos cada día peor armados frente a esas amenazas, desasistidos desde los propios medios. Hay que evitar el deslizamiento hacia lo espectacular para ocultar las carencias de una información deficiente. Es el caso reciente del NYT frente al candidato McCain, con



Cuando hechos espectaculares, noticiosos, se ponen al servicio del entretenimiento se estropea la información y el espectáculo.

una información sin fuentes, poco relevante, que se ha vuelto contra el propio periódico. O la de *Le Nouvel Observateur* con respecto a un supuesto SMS de Sarkozy a su ex esposa. O el caso de Judit Miller en el NYT, a la que resultaba más cómodo creerse los cuentos de los iraquíes exilados, que además gustaban en la Casa Blanca, que indagar, dudar, revisar.

Como ejemplo del fenómeno sirve lo que podemos llamar confusión de formatos, muy frecuente en las televisiones. La televisión tiene que ver con el periodismo, pero no es sólo periodismo, ni mucho menos. Precisamente por eso convendría señalar o señalar mejor los géneros. Herramientas del periodismo puestas al ser-

vicio del entretenimiento producen resultados inquietantes; por ejemplo, pasar como real lo que es ficción o artificio.

Cuando hechos espectaculares, noticiosos, se ponen al servicio del entretenimiento se estropea la información y el espectáculo. Las noticias en las noticias. El incendio del edificio Windsor cuando es noticia palpitante no puede convivir con *Salsa Rosa*, por más que los protagonistas de ese espacio de éxito se vistan de periodistas y dejen sus otras galas. Cuando el crimen de Alcàsser se convirtió en motor de los programas de entretenimiento se llevó por delante un montón de viejas buenas normas que soportaban la credibilidad.

La información es un hecho relevante que requiere cierto ropaje, cierta liturgia, formato propio y definido, tiene reglas escritas e implícitas. Reglas que sabemos. Para tratar los hechos, los acontecimientos, existen servicios informativos en las grandes televisiones para que se ocupen de la información. Meterla en otros formatos es dar gato por liebre, estropea la información, conduce a deformarla.

10 Más inquietante es la insostenible presión de las fuentes, cada día más poderosas y habilidosas. Cada día son más frecuentes los intentos de controlar la información, la libre circulación de los periodistas, el derecho de acceso.

Ocurrió en la última campaña electoral, con los partidos dictando lo que hay que emitir e incluso elaborando las imágenes y los guiones. Cada día son más los que tratan de amedrentar a los periodistas, de uniformarlos, de empotrarlos (habría que decir encamarlos, hacerles la cama, a ellos y a la información).

Lo intentan los terroristas, pero también desde instituciones políticas y sociales respetables que recelan de la libre circulación de la información y la crítica. Los periodistas son vistos como un peligro, como una amenaza o como un arma de ataque al adversario.

Así que los periodistas necesitan un rearme frente a las fuentes, algo para lo cual hace falta la cooperación de los editores, a los que va mucho en el asunto, y de la propia sociedad, ya que el negocio de los periodistas no es otro que gestionar la reputación de las personas y las instituciones, fundamental para la convivencia razonable y el progreso de la sociedad.

Inquieta el creciente ninguneo que sufren los periodistas por parte de los actores, protagonistas o hacedores de las noticias. Por ejemplo, de la Junta Electoral Central, que quiere convertir a los informadores en cronometradores del tiempo de intervención de los políticos en campaña electoral a la hora de aparecer en los medios públicos.

No hay periodismo sin fuentes, y

●●● La credibilidad de los medios

gestionarlas es tarea delicada y determinante. Valorarlas, atenderlas, cuidarlas, también desdeñarlas, protegerse de ellas... es un desafío tan importante como comprender lo que ocurre y saber contarlo para que se entienda e interese. Pero suelen ser fuentes que van más allá (o vienen) de los grandes intereses, más allá de los gobiernos, los partidos, los grupos de presión, y de sus poderosos aparatos de propaganda, que tienen tiempo y recursos para preparar argumentos (les llaman argumentarios) y para colarse por los resquicios más débiles del complejo sistema de información en funcionamiento. Y como los gobiernos, también lo hacen los intereses económicos, los culturales, los deportivos... y cualquiera que tenga algún átomo de poder.

En ese sentido debería ser posible fijar y preservar algunas viejas normas y derechos del oficio. Por ejemplo, el derecho de preguntar, que no impone el deber de responder. Sin preguntas y re-preguntas no hay periodistas ni periodismo. Los 'posados' son algo que empieza a ser frecuente. Primero fueron algunos políticos de primer o segundo nivel con la pretensión de que hacían declaraciones institucionales, que se mandan por correo electrónico, que no requieren convocatoria. Y los periodistas no deben aceptar esas condiciones, aunque sean de los jefes, que se están pegando un tiro en su propia rodilla.

Uno de los dramas actuales del periodismo es la gestión de las fuentes, la distancia a la que hay que colocarlas y la prudencia con la que hay que manejarlas, la transparencia a la que hay que someterlas para crearlas...

11 La libre circulación de los periodistas por los escenarios de las noticias es imprescindible para que el sistema funcione. Cuando se alegan razones de seguridad o de intimidad, en la mayor parte de los casos no son, no es esa la explicación. Lo que pretenden es ocultar, mangonear. La tarea del periodista consiste en decir lo que sabemos... y contar quiénes son nuestras fuentes. Insisto en que uno de los dramas actuales del periodismo es la gestión de las fuentes, la distancia a la que hay que colocarlas y la prudencia con la que hay que manejarlas, la transparencia a la que hay que someterlas para crearlas... Una fuente quiere lealtad, que el periodista no llegue más

lejos de lo que a esa fuente le interesa. El pacto de periodista y fuente es inestable, tenso. El periodista buzón, el que cuenta lo que le cuentan sin depurar, sin poner en contexto, sin valorar a quién perjudica o favorece, sin tener en cuenta el porqué de la filtración, que siempre tiene una explicación referida a pasiones, como la venganza o el odio, hará un trabajo con poco recorrido.

12 Para concluir me referiré a unas declaraciones recientes de un político neozelandés metido en el difícil oficio de mediar en conflictos bélicos por cuenta de organismos internacionales. Describen la grandeza y la miseria de esta profesión.

Decía a los efectivos entrevistados de 'la contra' de *La Vanguardia*: "Los medios siempre están impacientes, ignoran los procesos lentos. Quieren color, movimiento, sensaciones fáciles e impacto instantáneo... Persiguen a quienes salen en la foto e ignoran a los artífices auténticos de la paz. Pero son muy efectivos. En Darfur llevábamos meses escribiendo y nada. Persuadimos al NYT para que enviara un periodista y de pronto la guerra estaba en el mapa y empezó a tener solución. Los medios quieren emociones directas; imágenes frescas, cuerpos mutilados y que la guerra lejana tenga alguna conexión con la audiencia local. Si una guerra no sale en la tele dura más. Sin atención

mediática no hay política, y sin política miles de personas se matan en guerras olvidadas".

Pues eso, los periodistas somos gentes poco deseables, pero bastante convenientes. A los ciudadanos interesa que el buen periodismo tenga espacio y crédito, para vivir mejor.

13 Lo cual me lleva a una referencia corporativa. Debería haber titulado la credibilidad de los 'periodistas' más que la del 'periodismo'; hablar de periodistas, más que del periodismo. Porque si algo caracteriza al periodismo es el pluralismo, la complejidad.

Hay una literatura infundada sobre el corporativismo de los periodistas. No la comparto, no se puede sostener con datos. La bronca entre periodistas es permanente, nos gusta la bronca, es nuestro medio natural. Viene desde el mismo nacimiento del periodismo. Probablemente está en nuestro código genético. Otra cuestión es el grado de educación y de respeto con el que cursa el debate. Hoy es bastante bajo, aunque depende del talento, que es un bien escaso. El talento propicia la ironía, anima el respeto y hace la crueldad más tolerable. Sin talento abundan insultos, infamias, injurias, las oímos todas las mañanas... Hoy el debate profesional es flojo, de muy baja calidad. De poco respeto unos a otros y nada corporativo.

Pero todo esto es poco relevante, es consecuencia más que causa. Es el re-


●●● La credibilidad de los medios

sultado de un deterioro en la calidad del periodismo. Es un deterioro palpable, que se nota en las encuestas. El periodismo tuvo 'buena prensa' en la transición democrática, fue imprescindible. Pero luego se amoldó y se amodorró. No fue capaz de exigirse la mejora y la superación que le imponía la propia transformación de la sociedad. Le ha pasado como a la política, como a los instalados. No es casual que políticos, sindicalistas y jueces cuenten entre los peor valorados. Les pasa lo mismo a los periodistas.

Perder credibilidad es lo peor que puede ocurrir. La credibilidad de los medios es el mayor desafío para los periodistas, es el oxígeno necesario para vivir. Un activo que se construye poco a poco y se destruye con velocidad.

No resisto la tentación de recordar la llamada 'guerra digital' de hace una década, de la que aún no hemos salido, ya que está en el origen de muchos disparates. Muchos de los protagonistas más activos de aquel desastre de 1997, tan costoso para todos, ni están ni se les espera, pasaron por el sector como elefantes en cacharrería, se metieron en camisas de once varas para sacar ventaja, para ajustar cuentas, o por otras razones y causas... y luego desaparecieron de escena, dejando platos rotos, facturas sin pagar y enfrentamientos, odios en algunos casos, servidos para largo.

Suele ocurrir cuando entrometidos con pretensiones meten las ma-



La bronca del 97, y la permanente por la obtención de licencias, hizo mucho por el desprestigio y la pérdida de credibilidad, en general, de periodistas, editores y políticos.

nos en donde no debían sin mucho entrenamiento previo. Fue una guerra de restas y un alto precio para el Gobierno de la época, en primer término, para Cascos y para Aznar... también para Telefónica, y para TVE, y también para los otros contendientes más o menos forzados, para los jueces, para la fiscalía... la lista de damnificados es larga.

Y no hay duda de que aquella contienda tuvo un efecto nocivo para el periodismo. Quizá los únicos que ganaron fueron unos cuantos futbolistas y los comisionistas que pululan a su alrededor y de algunas de las grandes distribuidoras de cine y sus correspondientes intermediarios. Y los que gustan de pendercias.

Podría haber servido de lección pero no volver a las andadas. Pero no. Los gobiernos vuelven a caer en la tentación de meterse en el proceloso charco de las licencias y la regulación a la carta, de las que luego salen trasquilados y con moratones. A quienes les otorgan las licencias les parecen pocas, maldicen luego porque no resultan como esperaban. Y a quienes no les llegan, se sienten maltratados. Porque en los despachos y los comedores se promete más de lo que se puede dar.

Cuesta entender la pasión de los gobiernos por meterse en el enredo de los medios. Alguien les hace creer que si hacen favores van a mejorar en las fotos o van a hacer declaraciones más inteligentes. Y no es así. Obtienen algunas ventajas pero también inconvenientes no previstos ni deseados. Los gobiernos y los medios tienen que llevarse regular; lo mejor es que se respeten, pero sin aspirar al cariño; que se hablen lo menos posible. Cuando prende el cariño, unos u otros, o los dos al tiempo, están haciendo mal su trabajo.

La bronca del 97, y la permanente por la obtención de licencias, hizo mucho por el desprestigio y la pérdida de credibilidad, en general, de periodistas, editores y políticos. Basta reparar en las encuestas para verificar el hecho. Los periodistas gozábamos hace 10 años, quizá hace 15, de buen crédito, construido a base de un trabajo respetable. Ahora vamos pa-

ra atrás. Y no me cabe duda de que parte de los problemas de desafecto, de caída de lectores, tiene origen en esa pérdida de credibilidad que no es ajena a las guerras por las licencias.

En la prensa escrita, los avances tecnológicos e industriales y, sobre todo, en logística y marketing, apenas han servido para mantener las difusiones de hace 20 años. Internet, los gratuitos... sólo son excusas, coartadas para no ir al fondo en el análisis de la pérdida de difusión, que tiene que ver con la merma de credibilidad y con los enredos y errores de la diversificación, muchas veces mal planteada, así como con la pasión multimedia, que no es ni una necesidad ni una panacea.

A los periodistas interesa que el sector crezca, que las empresas sean más sólidas, que vivan de esto y no de favores o ventajas con otro origen, cuyo precio suele ser el sacrificio de la información y la opinión. Éste es un buen sector, rentable, recomendable como inversión a medio y largo plazo. A los periodistas conviene que les dejen trabajar con libertad y con responsabilidad y para eso necesitan editores serios, que crean en su trabajo y que encuentren recompensa a su inversión y gestión. Sin editores, los periodistas no llegarán lejos. Tampoco ellos sin los periodistas. ♦

* Intervención de González Urbaneja en el Curso de Pensamiento Carlos Gurméndez, "Retos y valores del periodismo y la información". Puentedeume, 23 de julio de 2008.